

DE «PORTEROS» Y OTRAS VOCES

Por mandato de la Ley -con su mayúscula solemnidad, que técnicamente será decreto, orden, ministerial o así-, los porteros pasan a llamarse de otra manera más encopetada. Algunos de ellos han acogido el nominal ascenso con alegría no inferior a la que merecen logros más palpables, como el aumento del salario. En realidad, y ya antes de esta consagración en el «Boletín Oficial del Estado», había porteros que fomentaban sutilmente otras denominaciones, por ejemplo la de conserjes. A uno le oí disculparse con sencillez, casi con candor: Eran cosas de su señora, más que nada por la chavala. Si no es casadera poco le falta, la chavala, que estudia máquina e idiomas, y a los quince años una palabra puede ser un mundo feliz o un arañacillo en el corazón. El corazón a estrenar de la chica del portero; no, de la niña del conserje. mejor así.

Pero seamos justos y empecemos por nosotros mismos, encantados y encerrados, aunque no siempre nos demos cuenta, en el círculo mágico de las palabras. Cuando preferimos un «hostal» mediocre a una «fonda» garantizada, en el subconsciente puede haber un papel timbrado de escribir cartas a familiares y amigos, y no digamos a nuestra novia. Acaso más por cambiar el rótulo que las estructuras, el «hospicio» ascendió a «maternidad» y el «asilo» a «residencia». Dramática peripecia era caer uno enfermo como para ingresar en el «hospital» mientras hacerlo en una «clínica» resultaba llevadero. (Se advierte ahora un incipiente retorno. a saber si por apetencia de la poderosa medicina hospitalaria o porque los generales norteamericanos, las artistas de Hollywood. los reyes árabes y los magnates de todo el mundo se meten en un «hospital». por un quítame allá esas amígdalas.) Y si así acontece con las cosas de nuestro contorno, ¿qué no será con la titulación que personalmente nos afecta?

Conozco algún vendedor que transita los caminos de España -las rutas, como se dice en el comercio- y no lo haría, por más comisiones y dietas que le ofreciesen, de no ser las tarjetas que lo presentan como «inspector» o «delegado». -Habas, éstas, que en todas partes se cuecen. A un amigo francés -persona discreta-, jamás le pude arrancar explícitamente su condición de maestro primario porque siempre se declaraba como «de l'enseignement»... y por subir a cotas más altas de la sociedad, este diálogo fidedigno:

-Enhorabuena, ya sé que tu marido está entre los nuevos subsecretarios.

-Bueno...; si los llamasen viceministros...

No nos rasguemos, pues, las vestiduras por esta apetencia de los porteros, ahora atendida por «quien corresponde». Se comprende que la Administración, cavilosa y comprometida a la hora de autorizar mejoras en dinero, oponga, la menor resistencia ante la zarandaja de cualquier inflación verbal. Si a los porteros les va a gustar más llamarse «empleados de fincas urbanas», ¿por qué negarles una satisfacción tan poco costosa?

Otra cosa es el arraigo que pueda conseguir la denominación nueva, (fuera de los papeles oficiales), o lo que es igual: las posibilidades de erradicación del viejo término, que, por cierto, nada tiene de peyorativo, pues desde San Pedro a don Ricardo (Zamora) el ser portero, y con este nombre, no supone el menor desdoro. Y sospechamos que la nueva denominación no va a cuajar. Una ley económica del lenguaje se opone a que una palabra sea sustituida por cuatro. «¿Ha visto usted por ahí al empleado de finca urbana?» Podría sincoparse: «el empleado»; pero sería no decir nada; altos o raso, empleados somos millones.

Habría que afrontar el problema de cara y ponerse a inventar un neologismo, dando satisfacción a quienes piensan que no es tan raro acuñar título nuevo para una profesión que puede considerarse nueva. La verdad es que la figura actual de este productor de cuerpo entero, se le llame como se le llame, poco tiene que ver con aquellas servidoras galdosianas, porteras de medio cuerpo, avizorantes a través de los cristales pintados o con cortinillas. Ahora hay que gobernar la calefacción, conocer las gracias del ascensor, cultivar las flores y alimentar los peces del portal, meter un coche en el garaje, manejar teléfonos, oficiar de relaciones públicas... y dar gusto no a un amo, sino a veinte o treinta amos, que con menos propietarios apenas se encuentra hoy casa.

Sí «porteros», no; si el prolijo «empleados, etcétera, etcétera» se va a quedar para los formularios laborales..., habrá que buscar la palabra que convenga a todos. Allá por los años cuarenta vimos la pasión de la opinión pública por bautizar a las que definitivamente se llamaron azafatas. (Recordamos que alguien propuso «aerochatis», y ahora, en la distancia, a uno le parece ocurrencia nada desdeñable.) Fue un éxito de convocatoria, como hoy se dice. También es verdad que por aquellos años la opinión podía opinar de no muchas cosas.

Antonio PEREIRA